

espía



cesora griega en que carece de cora,
vida y la consumación de su sacrificio.

● Rehabilitación . Soviética

Stalin, puesto en evidencia, trató de borrar todo recuerdo de Sorge, hasta el punto que el general Vasiliev declaró, en el Tribunal de crímenes de guerra en Tokio, que no estaba establecido que Sorge fuera un espía ruso. Tuvieron que pasar 20 años hasta que el 4 de septiembre de 1964 "Izvestia" de Moscú publicó un artículo: "Las Hazañas de Richard Sorge. Historia del Heroísmo de un Espía Soviético".

"Sorge era lo menos parecido que se puede ser a esos agentes secretos que han creado ciertos autores occidentales. El no violentaba cajas fuertes para robar documentos; eran los propios dueños de los documentos quienes se los enseñaban. El no disparaba su pistola para forzar las puertas; las puertas eran graciosamente abiertas para él por los guardianes del secreto". El gobierno tributó honores póstumos a Richard Sorge: la suprema condecoración de Héroe de la Unión Soviética, una calle en Moscú, un sello de correos.

Sorge, hijo de un ingeniero de minas alemán y de una rusa caucásica, ingresó muy joven en el servicio secreto soviético tras su conversión al marxismo. Su primera esposa, Christiane Gerlach, ha escrito de él: "Sorge no podía ser nunca inoportuno; él no necesitaba hacer la corte a la gente. Todos acudían a él; hombres y mujeres".

Formado en una absoluta integridad ideológica, Sorge se sintió ofendido cuando supo que sus informes se quedaban sin leer. La atmósfera del partido, con su feroz lucha por el poder, se le hizo irrespirable, y pidió ser destinado al servicio de espionaje militar. En 1929, se le transfirió al Cuarto Bureau del Ejército Rojo, donde podría estar a resguardo de las egoístas controversias del partido.

● Stalin "adoraba" a Hitler

Desgraciadamente, a última hora, emergió en los hechos el reflujo fatal de las condiciones políticas rusas, porque el partido era la suprema autoridad del país, y el partido calificaba el trabajo de Sorge. Stalin era el dictador, y, lo mismo que el emperador Pedro profesó una verdadera veneración al mayor enemigo de Rusia, Federico el Grande de Prusia, Stalin "adoraba" a Hitler y no permitía que nadie le dijera que iba a ser atacado por él. Así, el mejor trabajo del mejor espía fue todo en balde, y el sacrificio de Richard Sorge fue estéril.

Sorge amaba sobre todas las cosas la integridad de su espíritu, y eso fue lo que le destruyeron los intrigantes del poder. Los "sueños idealistas" no tienen sentido entre la ciega claridad de la burocracia.

Los LUNES con NICOMEDES



¡El hombre que espera...!

Por Nicomedes Santa Cruz

Entre el hormiguero de gente que recorre esa segunda cuadra de la Colmena Izquierda, sería difícil descubrirlo: tendría uno que ser muy observador para advertir su presencia. Pero, después de todo, ¿quién repara en un hombrillo de figura común y corriente?... Sin embargo valdría la pena, porque nuestro hombrillo ya lleva cerca de dos meses sin moverse de aquella esquina. Bueno, a veces se desplaza unos metros: compra cigarrillos en el cafetín de la otra cuadra y aprovecha para satisfacer alguna necesidad fisiológica; pero vuelve precipitadamente a la esquina de su obsesiva espera.

Yo lo descubrí sólo porque lleva puesto un traje de lanilla verde, igual a un terno que hace tiempo. Y porque está parado en La Colmena, y esa es una calle que me gusta recorrer; de ella he sacado material para muchas décimas, estampas, cuentos y relatos —como el presente—.

En las primeras horas de la mañana transitan por la Colmena empleaditos que van a la oficina, estudiantes que van a San Marcos y ociosos que van y vienen. Es esta una calle de vendedores ambulantes y semi estacionarios. Entre los primeros se cuentan los vendedores de naipes, casinos, llaveros, tijeras, limpiapiños y "gomos" —que no son precisamente para masticar—. Al segundo grupo pertenecen los libreros que comercian en el suelo "La impotencia en el matrimonio", "Sadismo y masoquismo", "Los paraísos artificiales", "La vida sexual de la mujer"... bibliografía sexual que el acomplejado —imberbe o senil— adquiere furtivamente, con vergüenza; siendo pocos los que en cuclillas hojean sus páginas buscando educación y no morbosidad. (Pero a nuestro hombrillo del terno verde no parece interesarle nada de esto. Aunque el martes de la semana pasada le vi comprar "tres curitas por un sol"). Entre 9 y 10 de la noche es cuando nuestro hombrillo del terno verde pierde su habitual compostura, se frota las manos nerviosamente —parece que le sudan— y mira angustiada cómo pasan los minutos en el reloj de la Plaza San Martín. Después de las diez de la noche aparecen los noctámbulos, las copetineras que trabajan en las boites del Centro y las busconas de última categoría. Ha decrecido enormemente el bullicio callejero y sólo resuena por ese lado de la Colmena el afónico grito del llamador del paradero de colectivos: "¡Miraflores...! Miraflores... un pasajero... falta un pasajero a Miraflores!". Una pareja rezagada cruza corriendo la calle, y se ubican ambos en el asiento trasero, justo donde faltaba "un pasajero".

Finalmente, la ancha avenida queda desierta. El negro asfalto de la plaza parece transparentar, agotado por el trajín del día. Húmeda noche limeña, donde el solitario transeúnte espira bocanadas de niebla y aspira "costao" y "pulmonía".

Es entonces cuando debería hacerse notoria la presencia de nuestro hombrillo del terno verde, pero su formal apariencia y su tranquilidad de hombre que espera —porque efectivamente, algo espera—, no inquieta a los custodios del orden, que, estoy seguro, todavía no han reparado en él. Sin embargo, allí mismo ha estado durante todo el día; allí estuvo desde que amaneció, y allí mismo estará cuando amanezca. Lo viene haciendo así desde hace ya dos meses. Si no fuera por el color de su cara y lo alinado en el vestir ya habría sido inquirido por el policía ese que duerme en el portal del Banco.

Los taxis lechuceros al divisarlo aminoran su marcha, suponiéndolo un posible pasajero, pero él ni siquiera se digna mirarlos. Una noche, creo que fue el domingo pasado, un señor de extraña y dudosa personalidad detuvo su lujoso automóvil frente a él y parece que lo invitó a subir. Nuestro hombrillo dudó por un instante, pero inmediatamente se repuso y rehusó la cordial invitación.

Anoche, la curiosidad no me dejaba conciliar el sueño y salí de casa especialmente a entrevistar al hombrillo del terno verde y desentrañar tan hondo misterio. Ya en camino, me asaltó el presentimiento de que nuestro hombrillo se hubiese marchado, pero afortunadamente para mi curiosidad, allí estaba, en su habitual esquina de la Colmena.

Sólo cruzamos dos palabras y me alejé de él, abrumado por la necesidad limeña.

—Perdone buen hombre, ¿qué es lo que tan to espera?... —le había preguntado.

—El tranvía —me respondió secamente.

Y no hubo modo de convencerlo que la Compañía Nacional de Tranvías quebró hace dos meses.